

Gonzalo murmuró «¡Qué contrariedad!». La mujer, arrastrando los hijos suplicantes, hasta el portón de la Torre, y él, en las vísperas de la elección, apareciendo ante todas las feligresías como un hidalgo inhumano. Tiró la pluma furiosamente:

— Dile á esa criatura que me deje, que no se aflija. El señor administrador manda soltar mañana á Casco. Yo mismo voy á Villa-Clara antes del almuerzo para pedírselo. Que no se aflija, que no aterre á los pequeños. Corre y díselo, hombre.

Benito no se despegaba de la puerta:

— Ya Rosa y yo se lo dijimos. Pero la mujeruca no lo cree, quiere pedírselo ella misma al señor doctor. Vino por bajo el aguacero. Hasta uno de los pequeñitos está malucho, no hace más que temblar...

Entonces Gonzalo, sensibilizado, dió un puñetazo en la mesa:

— Vaya, vaya. Después que el hombre me quiso matar, vienen sobre mí las lágrimas y las escenas y el chiquillo enfermo. No se puede vivir en esta tierra. Un día vendo la casa y la quinta y emigro á Mozambique, al Transvaal, á donde no haya estas molestias... Bueno, dile á la mujer que ya bajo.

Benito aprobó con efusión:

— Al señor doctor no le cuesta nada... Y como es para dar una buena noticia... siempre consuela á la pobre mujeruca.

— Allá voy, hombre, allá voy. No me molestes tú también. Es imposible trabajar en esta casa. Otra noche perdida.

Marchó violentamente hacia su cuarto, batiendo todas las puertas con la idea de meter en el bolso del ropón diez pesetas para los pequeños. Mas delante del cajón retrocedió arrepentido.

¡Qué brutalidad, recompensar con dinero á niños á quien él arrancara el padre para meterlo en una cárcel! Agarró simplemente un cartucho de dulces secos, de los famosos dulces del convento de Santa Brígida de Oliveira, que la víspera le mandara Graciña, y cerrando lentamente el cuarto, ya se arrepentía de su severidad, que alteraba la paz de un casal. Después, en el corredor, ante la lluvia clamorosa que de los tejados se despeñaba en las losas del patio, impresionóse más doloridamente con la imagen de la pobre mujer, vacilante por la negra carretera, arrastrando á los hijucos encharcados bajo la tormenta, y al penetrar en el corredor de la cocina, temblaba como un culpado.

A través de la puerta vidriera sintió á Rosa y á Benito consolando á la mujer con parladora confianza, casi risueños. Mas los «ais» de ella, los ruidosos lamentos por «su hombre», resonaban más agudos, y Gonzalo casi retrocedió en el espanto y en el miedo de aquella aflicción estridente que avanzaba hacia él y hacia su misericordia. De hinojos en las losas, torciendo las flacas ma-

nos sobre la cabeza, toda de negro, pareciendo más negra y dolorosa contra lo encarnado del pañuelo que, extendido, secaba á la lumbre fuerte del hogar, la mujer estallara en un tumulto de súplicas y gritos:

— ¡Ay, mi señor, tenga compasión! ¡Ay, que me prendieron á mi hombre y me lo van a mandar para Africa! ¡Jesús, mis hijinos de mi alma, que quedan sin padre! ¡Ay, por sus ánimas, señor, y por toda su felicidad!... ¡Yo sé que él tuvo la culpa! ¡Aquello fué una locura que le dió! ¡Tenga piedad de estos rapacinos! ¡Ay, mi pobre hombre, que está atado con cadenas! ¡Ay, mi señor!

Con los párpados humedecidos, agarrando desesperadamente el cartucho de dulces, Gonzalo balbuceaba:

— ¡Sosiéguese, mujer, que ya lo van á soltar! ¡Sosiéguese! Ya di órdenes. Ya lo van á soltar.

De un lado Rosa, inclinada sobre la obscura criatura que gemía, recomenzaba dulcemente: «fué lo que le dijimos, tía María. Por la mañana lo sueltan»; y del otro, Benito: «¡Mujer, acabe, que si el señor doctor lo prometió, por la mañana lo sueltan».

Pero ella no se calmaba; con el pañuelo de la cabeza caído y una trenza desprendida, sollozaba y clamaba:

— Ay, que muero si no lo veo suelto! ¡Ay, perdón, mi señor de mi alma!

Entonces Gonzalo, á quien aquella intermina-

ble y obtusa queja torturaba como un hierro clavado y reclavado, batió la chinela en las losas:

— Escuche mujer, y mire para mí. Pero de pie, de pie...

Erguida, llevándose las manos hacia las costillas, miró al hidalgo con ojos despavoridos, ojos negros, de profundas ojeras tristes que le llenaban la faz rechupada y morena.

— Bien, perfectamente — exclamaba Gonzalo. Ahora oiga: ¿cree que soy capaz de mentirle? Pues entonces sosiegue, acabe con los gritos, que, bajo mi palabra, mañana temprano su hombre está suelto.

Rosa y Benito, triunfantes:

— ¿Pues qué le decía la gente, criatura de Dios? Si el señor doctor lo ha prometido, mañana tiene al hombre en casa.

Lentamente, ella limpiaba las lágrimas ya silenciosas con la punta del delantal negro. Pero todavía desconfiaba, con los tenebrosos ojos fijos devorando á Gonzalo. ¿El hidalgo mandaba con certeza la orden temprano, de madrugada?... Fué Benito quien la convenció con violencia:

— Mujer, es usted muy atrevida. ¿Aún duda de la palabra del señor doctor?

Ella soltó el delantal, bajó la cabeza y suspiró simplemente:

— ¡Ay!, entonces muchas gracias. ¡Sea por la felicidad de todos!...

Ahora la curiosidad de Gonzalo procuraba los

pequeñuelos que ella trajera desde los Bravaes bajo la lluvia cerrada. La pequeñina de teta dormía con beatitud sobre la tapa de un arca, donde la buena Rosa la acomodara entre mantas y refajos. Pero el pequeño de siete años, encogido en un sillón delante de la lumbre, frente al pañuelo que secaba, secando también, con la carina roja por la fiebre, tosía despedazadamente, en un cabecear de sueño y de cansancio, gimiendo entre tosidos roncós. Gonzalo posó el cartucho de dulces en el arca, palpó la mano con que el niño sin cesar se rascaba por la abertura de la camisa destrozada, el pecho todavía más destrozado.

— ¡Pero este rapaz tiene fiebre! Y usted, con una noche de éstas, ¿trae el pequeño desde los Bravaes, mujer?

— Era para que ellos también pidiesen por su padre.

— ¿Y pretende usted volver á los Bravaes con los muchachuelos?

Ella suspiró:

— ¡Ay, vuelvo, vuelvo! No puedo dejar sola á la madre de mi hombre, que tiene ochenta años y está baldada.

Entonces el hidalgo cruzó descorazonadamente los brazos ante aquella aventura en que por culpa de su ferocidad se sacrificaban dos niños. Rosa entendía que la pequeñina no sufriría nada con la caminata, bien llegadina al cuello de su

madre, debajo de una manta gruesa. Ahora, el otro, con la tos, con la fiebre. . .

— Ese queda acá — exclamó Gonzalo decidido —. ¿Cómo se llama? Manuel. . . Bien. Manuel queda acá. Y vaya descansada, que la señora Rosa lo toma á su cuidado. Precisa un buen sudorífico. Uno de estos días aparece en los Bravaes curado y más gordo. Vaya sosegada.

— Sí, señor; si el hidalgo lo manda, está muy bien. . .

Benito, entreabriendo la puerta del patio, anunciaba que había escampado. Gonzalo inmediatamente apresuró la vuelta á los Bravaes.

— Y no tenga miedo, mujer. Va un mozo de la quinta con una linterna y un paraguas para abrigar á la pequeñina. Escuche. Usted podía llevar un impermeable. El nuevo, el que compré en Lisboa. . .

Cuando Benito trajo el impermeable y lo posó sobre los hombros de la mujer, á quien el *ruge ruge* intimidaba, hubo en la cocina una divertida risotada. El llanto pasara como la lluvia. Ahora era una visita amable terminando en alegre agasajo. Rosa apretaba las manos bañada de gusto.

— Así está usted bonita como una madama. . . Si fuese de día, hasta se juntaba gente.

La mujer sonreía sin interés.

— ¡Ay, no sé qué perezcol. . . Un fantasma.

Atravesando el patio, donde las acacias goteaban dulcemente, Gonzalo acompañó á la mujer

hasta la puerta del pomar, gritando: — «Agasajen bien á la pequeña» —, cuando ya la linterna del mozo se hundía en la húmeda espesura de la noche. Nuevamente palpó á Manolín, que adormeciera en su sueño fatigoso sobre el respaldo del sillón:

— Tiene poca fiebre. . . Pero necesita un sudorífico fuerte. . . Y antes de meterlo en la cama, leche caliente, casi hirviendo, con cognac. Lo que le hacía falta también era que lo lavasen de arriba á abajo. ¡Qué porquería de gente! Eso queda para más tarde, cuando se cure. Y ahora, Rosa, mándeme algo que cenar; cosa sólida, que no comi, y el sarao fué tremendo.

En la librería, después de mudar las chinelas y descansar, Gonzalo escribió á Gouveia una carta reclamando con conmovida urgencia la libertad de Casco, y añadía: «Es la primer cosa que le pide el diputado por Villa-Clara, porque acabo de recibir telegrama de nuestro Andrés anunciando que *ministro acepta, todo arreglado, etc.* De suerte que necesitamos hablar. ¿Quiere, pues, venir á comer mañana á ésta su Torre, á la sombra de *Titó* y con acompañamiento de Videiriña? Estos dos beneméritos son indispensables para que haya apetito y armonía. Ruégole, Gouveia amigo, que les avise para evitarme el envío de circulares elocuentes.»

Lacrada la carta, retomó lánguidamente el manuscrito de la novela, y todavía rebuscó voces

de buen sabor medioeval para aquel lance en que Ordoño divisaba á la cabalgata del bastardo, por la cuesta de la Ribeira, con refulgir de armas, bajo el duro sol de Agosto.

Mas su imaginación, escapaba desasosegadamente de la vieja Honra de Santa Ireneia, volando hacia Lisboa, la Lisboa de San Fulgencio y la torre albarrana, donde el godo Ordoño gritaba despavorido, se deshacía incesantemente como niebla tenue, para surgir sobre él, apetitoso y más interesante, un cuarto del Hotel Braganza, con balcón sobre el Tajo. Por fin Benito entró con la cena, y sobre la mesa esparció libremente la imaginación por Lisboa, por los corredores de San Carlos, por debajo de los árboles de la Avenida, á través de los anticuados palacios de sus parientes en San Vicente y en la Gracia, á través de las salas más modernas de cultos y alegres amigos. Alquilaría por meses un carruaje de la Compañía, y para las sesiones de San Benito llevaría siempre guantes de color perla y una flor en el pecho. Por comodidad llevaba á Benito. . .

Benito entró con la botella de cognac en una bandeja. Diera la carta á Joaquín de la Huerta, con la recomendación de correr á casa del señor administrador y de demorarse en la Villa delante de la cárcel hasta soltar á Casco.

— Ya dejamos al pequeño en un cuarto cerca del mío, que tengo el sueño leve, por si llora. . .

— ¿Está sosegado?, preguntó Gonzalo, sorbiendo de prisa la copa de cognac. Vamos á ver á ese caballere.

Subió al cuarto con Benito. En el corredor, junto á la puerta, en un canapé de damasco verde, Rosa doblara cariñosamente la ropa trapajosa del pequeño, la camisilla rota, los pantalones enormes con un solo botón. Dentro el vasto lecho de palo santo llenaba casi toda la habitación; á la cabecera dos cuadros, retratos de los antiguos Ramires; un obispo obeso hojeando un infolio; un hermoso caballero de Malta, de barba rubia, apoyado en la espada, y en los altos colchones Manolillo resonaba, sin tos, quieto, bajo el grosor de los cobertores, humedecido por un sudor fresco y sereno.

Gonzalo arropólo cuidadosamente. Mando á Benito buscar una lamparilla, que puso sobre el lavabo con la luz atenuada por detrás de un vaso. Todavía escrutó lentamente el cuarto, para asegurarse del sosiego, del silencio, de la penumbra, del confort, y salió, sobre la punta de los pies, sonriendo, dejando al hijo de Casco velado por dos nobles Ramires, el obispo con su librote y el caballero de Malta con su espada.

Recogiéndose del Estanque Viejo, de lo hondo de la quinta, hojeando un volumen del *Panorama*, Gonzalo encontró sobre la mesa de la librería, en el correo de Oliveira, una carta que lo sorprendió, enorme, en papel de oficio, cerrada

con una oblea. Dentro, diseñado en tinta azul, había un corazón llameante.

Devoró las líneas pautadas á lápiz, en una letra gorda y redondeada con esmero: «Caro y excelentísimo Sr. Gonzalo Ramires: El galante gobernador civil del distrito, nuestro muy estimado Andrés Cavalleiro, paseaba hasta ahora constantemente por delante de los Cuñaes, mirando con ternura los balcones y el honrado blasón de los Barrolos. Como era natural que no estuviese estudiando la arquitectura del palacete (que no tiene nada de notable), concluyó la gente sería que el digno jefe del distrito esperaba que vuestra excelencia apareciese en alguno de los balcones que dan al paseo, ó de los que miran á la calle de las Tecedeiras, y sobre todo *al mirador del jardín*, para recomenzar la antigua amistad. Por eso procedió vuestra excelencia con acierto en correr personalmente al Gobierno civil, proponer la reconciliación y abrir los brazos generosos al viejo amigo, evitando así que la primera autoridad del distrito continuase desperdiciando un tiempo precioso en esos paseos con los ojos clavados en el palacete de los hidalguísimos Barrolos. Enviamos, pues, á vuestra excelencia nuestros sinceros parabienes por ese acertado paso que debe calmar las impacencias del fogoso Cavalleiro y redundar en beneficio de los servicios públicos.»

Revisando el papel entre las manos, Gonzalo pensó:

— Es de las Louzadas.

Estudió la letra, descubriendo que redundar fuera escrito con una *o*, arquitectura sin *c*, y rasgó furiosamente la hoja, rezongando en el silencio de la librería:

— ¡Esas borrachas!

Sí, era de ellas, de las odiosas Louzadas, y ese origen aterrábalo más, porque maledicencia lanzada por tan ardientes esparcedoras de maledicencias penetraría en todas las casas de Oliveira, hasta en el hospital, hasta en la cárcel. Relamiéndose con el escándalo, relacionaría ahora la ciudad pérfidamente los rodeos de Andrés por los Cuñaes con su visita al Gobierno civil, que llenara de espanto á la Arcada. En la idea, pues, de Oliveira, y bajo la inspiración de las Louzadas, fuera él, Gonzalo Mendes Ramires, quien arrancara á Cavalleiro de su despacho y lo condujera servicialmente al paseo del Rey y le abriera de par en par las puertas del palacete, y con sereno descaro alcahueteara los amores de la hermana. ¡Si, tales desvergonzadas merecían que les arremangasen las sayas sucias en medio de la plaza, una mañana de misa, y les fustigasen las nalgas furiosamente hasta llenar de sangre las losas!

Las apariencias todas se combinaban contra él traidoramente. Esa insistencia de Andrés rondando á Graciña, creciera é impresionaba, justamente ahora en este Agosto, en las vísperas de su aparición en el Gobierno civil, que Oliveira co-

mentaba como un misterio histórico. ¡Qué inoportunamente muriera el animal de Sanches Lucena! Meses antes, ni siquiera la malicia de las Louzadas ligaría su reconciliación con Andrés á un cerco amoroso que no comenzara, ó al menos que no andaba tan murmurado. Tres ó cuatro meses después, Andrés, sin esperanza, ante el palacete inaccesible, terminaría sus paseos. Pero no; infelizmente, cuando con mayor estrépito rondaba Andrés la puerta blasonada, era cuando él acudía, abrazaba al rondador y le abría esa puerta. La maledicencia de las Louzadas encontraba una base que todos en la ciudad tendrían por substanciosa y sólida. ¡Infames Louzadas!

Y ahora, ¿cómo podría mantener rígidamente sus relaciones con Cavalleiro dentro de la política, evitando intimidades que lo tornasen en los Cuñaes, como el otro tiempo en la Torre, el camarada deseado? Desde el momento en que él se reconciliase con Andrés, y tan naturalmente como la sombra sigue la inclinación de la rama, Barrolo, su cuñado y su sombra, se reconciliaba también: y ¿cómo imponer á Barrolo que su renovada familiaridad con Cavalleiro se realizase únicamente dentro de la política como dentro de un lazareto? «Yo soy otra vez el antiguo amigo de Andrés; tú, Barrolo, también; pero nunca lo sientes á tu mesa ni le abras la puerta.» Imposición impertinente y que, en la pequeña Oliveira, los fáciles encuentros y la simplicidad hospitalaria de

Barrolo quebraría, y, después, ¡qué grotesca actitud la suya delante del palacete, como un arcángel San Miguel con la espada de fuego en la mano, para asustar al intruso Satanás, jefe del distrito! Pero, también, que en toda la ciudad se cuchichease por las esquinas el nombre de Graçia, revuelto con el nombre de Andrés y con el nombre de él, ¡era horrible!

Ante esta dificultad que tanto le molestaba, terminó por golpear la mesa furioso.

— En estas tierras pequeñas y comineras todo se vuelven miseriucas.

¿Qué importaría en Lisboa que un señor gobernador civil pasease por un cierto paseo, ni que cierto hidalgo de la Torre se reconciliase con el señor gobernador civil? Pues se acabó. Rompería soberbiamente con estas inquietudes, como si habitase en Lisboa, desahogado de mujeriles murmuraciones y de ojillos escrutadores y malignos ¡Era Gonzalo Mendes Ramires de la casa de Ramires! ¡Mil años de nombre y de solar! Dominaba por cima de Oliveira y de todas sus Louzadas, y no sólo por el nombre, sino también por el espíritu. Andrés era su amigo; entraba en casa de su hermana, y Oliveira que se aguantase.

Ni consintió que la sucia carta de las Louzadas alterase la quieta mañana de trabajo para que se preparara desde el almuerzo, releendo el poema del tío Duarte, hojeando artículos del *Panorama* sobre las guerras de murallas en

el siglo XII. Con un esfuerzo de atención erudita, sentóse sumergiendo la pluma en el tintero de latón que sirviera á tres generaciones de Ramires.

Mientras repasaba las cuartillas trabajadas, nunca el castillo de Santa Ireneia le pareciera tan heroico, de tan soberana altura sobre tamaña colina de Historia, mirando al Reino, que en torno de él se alargaba y se cubría de villas y caseríos por el esfuerzo de sus castellanos.

Temerosa, con efecto, se levantaba la antigua Honra de Santa Ireneia en esa alfonsina mañana de Agosto y de sol triunfante en que el pendón del Bastardo surgiera entre fulgidez de armas más allá del arbolado de la Ribeira. Ya en todas las almenas se apiñaban los ballesteros. De las torres subía el humo espeso de la brea hirviendo en los calderos para arrojarla sobre los hombres de Bayao que intentasen el escalo, y en la inmensa terraza surgían viejos solarengos, siervos del horno, vencidos de terror y que querían saber si la hueste avanzaba. En tanto la cabalgata pasara ya la Ribeira por el puente de palo, y serenamente se acercaba al crucero de granito levantado en otro tiempo en los linderos de la Honra por Gonzalo Ramires, el *Cortador*. En el sosiego de la mañana abrasada, las bocinas del Bastardo resonaran más hondamente, con su toque lento y triste á la morisca. . .

Quando Gonzalo, con la fiebre del trabajo, in-

tentaba reproducir en términos bien sonoros, ávidamente rebuscados en el *Diccionario de Sinónimos*, el tocar arrastrado de las bocinas de Bayao, sintió realmente del lado de la Torre un gemir de sonidos graves que crecían poco á poco. Detuvo la pluma y el *Fado de los Ramires* se elevó religiosamente de la huerta en serenata hacia el balcón florido de madreseiva.

¡Quién te ve tan solitaria,
Torre de Santa Ireneia!...

¡Oh, Videiriña! Corrió alborozadamente hacia la ventana. Un sombrero hongo tremoló entre las ramas con gritos extraños y aclamadores:

— ¡Viva el diputado por Villa-Clara! ¡Viva el ilustre diputado Gonzalo Ramires!

En la bandurria rompiera triunfalmente el himno de la Carta. Videiriña, alzado sobre la punta de las botas de charol, gritaba: «¡Viva la ilustre casa de Ramires!», y por bajo del sombrero hongo, sacudido con delirio, Juan Gouveia, sin ocuparse de la garganta, urraba: «¡Viva el ilustre diputado por Villa-Clara!»

Majestuosamente, Gonzalo, desde el balcón, extendió el brazo elocuente:

— ¡Gracias, mis queridos conciudadanos, gracias! La honra que me dispensáis viniendo así en ese hermoso grupo, el jefe glorioso de la Administración, el inspirado farmacéutico, el...

Pero reparó... ¿Y Titó?

— ¿Titó no vino? Juan Gouveia, usted no avisó á Titó?

Reponiendo sobre la oreja el sombrero hongo, el administrador, que ostentaba una corbata de satén encarnada, declaró que Titó era «un animal».

— Estaba combinado que viniéramos los tres. Hasta debía traer una docena de cohetes para tirarlos... La reunión era al pie del puente... Pero el animal no apareció. En todo caso quedó avisado, avisadísimo... Y si no viene, es un traidor.

— Bien, suban ustedes, gritó Gonzalo. Yo en un instante me visto. Y para aguzar el apetito, propongo un vermouthe y después una vuelta por la quinta hasta el pinar...

Inmediatamente Videiriña metióse por la calle larga de la huerta recubierta de parra, y detrás Juan Gouveia pisaba con cadencia noble, alzando el quitasol como un pendón. Cuando Gonzalo entró en el cuarto llamando á Benito para que le trajese agua caliente, el *Fado de los Ramires* sonaba en trinos heroicos entrando por la ventana abierta donde secaba la toalla del baño; y eran las estancias preferidas del hidalgo las estancias en que el gran abuelo Ruy Ramires, surcando los mares, encuentra tres fuertes naves inglesas y desde lo alto de su castillo de proa, de gran gala, con la mano en el cinto de ante, incrustado de

oro y piedras, soberbiamente las intima á que se rindan. . .

«Alegre, la mano al cinto,
Cerca de la Insignia Real,
Grita á las naves: «Amainen
Por el Rey de Portugal! . . .»

Gonzalo tarareaba también el canto glorificador: — *Alegre, la mano al cinto, . . . — Cerca de la Insignia Real. . .* — pensando que con tales abuelos bien podía despreciar á Oliveira y á sus honradas Louzadas. La voz de *Titó* retumbó en el corredor:

— ¿Ese diputado por Villa-Clara está vistiendo ya el uniforme?

Gonzalo corrió á la puerta del cuarto radiante:

— Entra, *Titó*. Los diputados ya no usan uniforme, hombre. Pero si lo tuviera, ponámelo hoy para honrar á huéspedes tan ilustres.

El otro avanzara vagarosamente con las manos en los bolsillos del pantalón y el vasto sombrero echado hacia la nuca:

— Yo, en vez de uniforme, quería decir librea. . . Librea de lacayo.

— ¿Qué es eso, hombre?

El otro, más retumbante:

— ¿Pues qué, vas á ser tú más que un sujeto á las órdenes de San Fulgencio, del *horrendo cannalla*, como tú decías? No le sirves el té cuando él te mande, pero votas si te manda votar: «Ra-

mires, vote eso», y Ramires ¡zás!, vota. . . Es de lacayo, hombre, es de lacayo de librea. . .

Gonzalo encogió los hombros impaciente:

— Tú eres una criatura de las selvas, lacustre, casi prehistórica. . . No entiendes nada de las realidades sociales. . . En la sociedad no hay principios absolutos. . .

Pero *Titó*, imperturbable. . .

— ¿Y ese Cavalleiro? ¿También es ya rapaz de talento? ¿También gobierna ya bien?

Entonces Gonzalo protestó. ¿Cuándo negara él á Andrés talento para gobernar? Nunca. Sólo riera guaseándose de su melena y de los bigotazos lustrosos. . . Y, por otra parte, el servicio del país exigía que á veces se aliasen hombres que no participaban de los mismos gustos, ni procuraban los mismos intereses.

— Y, en fin, el señor Antonio Villalobos, viene hoy hecho un moralista terrible, un Catón con quien no se puede comer. . . Ahora bien; fué siempre costumbre de los filósofos muy rígidos huir de la sala del banquete donde triunfaba la alegría, y protestar comiendo en la cocina.

Titó volvió serenamente las costillas majestuosas.

— ¿Dónde vas, *Titó*?

— A la cocina.

Como Gonzalo reía, *Titó*, junto á la puerta, girando como una torre que gira, encaróse con su amigo:

— En serio, Gonzalo, en serio. Elección, reconciliación, sumisión, y tú en Lisboa bailándole el agua á San Fulgencio, y en Oliveira del brazo de Andrés; todo eso me parece que desentona... Pero, en fin, si Rosa se portó bien hoy, no aludamos más á cosas tristes.

Gonzalo protestaba de nuevo, cuando la bandurria resonó en el corredor y el *Fado* recomendó más lento, más glorificador:

Vieja casa de Ramires,
Honra y flor de Portugal.



VI

LA casa de Cavalleiro, en Corinde, era una edificación de fines del siglo XVIII, pintada de amarillo, lisa y vasta, con catorce balcones á una quinta, casi toda de tierra labrantía. Los jardines, visitados en tiempos del abuelo de Andrés por la señora doña María II, abundaban en rosas espléndidas, y los salones estaban limpios y aseados, merced al cuidado de una parienta noble de Cavalleiro, doña Jesuína Rollim. Cuando Gonzalo atravesó la antesala reconoció aún un cuadro borroso y desdibujado, combate de galeones, que él rasgara una tarde, con una espada, jugando con Andrés á las batallas.

Bajo ese cuadro esperaba melancólicamente un amanuense del Gobierno civil, y desde una puerta remota, Andrés, avisado por el criado, gritó alegremente:

— ¡Gonzalo, entra para acá, para el cuarto! Salgo del baño... Todavía estoy en calzoncillos. Y en calzoncillos todavía, lo abrazó generosa-